DISCURSO INAUGURAL

Cristóbal Cuevas García
(Universidad de Málaga)

En octubre de 1837, cuando apenas contaba trece años de edad, llega a nuestra ciudad, procedente de Cabra, un hijo de don José Valera y Viaña, Oficial de la Armada y Maestrante de Ronda, y de doña Dolores Alcalá Galiano, Marquesa de la Paniega. Como hijo de militar, tenía derecho a ingresar en el Colegio de Artillería. Su padre, sin embargo, tal vez porque conocía sus inclinaciones, renunció a este derecho, y lo trajo a Málaga a estudiar filosofía en las aulas del Seminario. Este niño era nada menos que Juan Valera. En Málaga permaneció de 1837 a 1840, entregado al estudio de la filosofía. "La filosofía -recordará quince años después en carta a Serafín Estébanez Calderón-, de que anduve después muy enamorado, me era entonces odiosa. Sin embargo, ya me gustaba entonces argumentar en *materia* (la forma silogística yo la tenía entonces por una barbaridad)". No podía figurarse por aquellas fechas el futuro novelista que, siglo y medio más tarde, nuestra ciudad le habría de dedicar un Congreso de Literatura en que se estudiarían en profundidad los perfiles de su personalidad y de su obra. Ese congreso es precisamente el que, a partir de hoy, vamos a celebrar.

La personalidad de don Juan Valera es rica en experiencias humanas. La fortuna le proveyó largamente de cosas que decir, tanto por los avatares en que se vio mezclado, como por las amista-

des que frecuentó, los amores que le hicieron vibrar, las lecturas y estudios a que se entregó, y las reflexiones que fermentaron en su espíritu, siempre ávido de estímulos profundos. Su vida de diplomático -Nápoles, Lisboa, Río de Janeiro, Moscú, Washington, Bruselas, Viena ...- le hizo conocer países y gentes distintos, ensanchando su tolerancia y su capacidad de comprensión. Sus amores, felices o desgraciados -Gertrudis Gómez de Avellaneda, "Saladita" la napolitana, Lucía Palladi (la "dama griega", o "la muerta", tan pálida de rostro)-, la brasileña Mariquiña, o Dolores Delavat -la que había de ser su esposa- le revelan los secretos del corazón femenino. Sus amigos le adiestran en el diálogo, sus adversarios en las artes de la polémica, sus colaboraciones periodísticas le mantienen abierto a los gustos de la mayoría. Todo contribuye a su formación de escritor, capaz de interesar a los lectores por la autenticidad de su mensaje y su maestría de comunicador.

También contribuye a ello la versatilidad de su pluma, apta para cultivar los más variados géneros literarios. Ante todo, la poesía, ya sea la juvenil de tono romántico, ya la madura de inspiración clásica, correcta de técnica, aunque tal vez no muy cálida de emociones. Luego, la novela y los cuentos, prodigio de fantasía e intención, en los que accede a cumbres vedadas a la mayoría. El teatro, tan desconocido hoy, con mayor acierto ideológico y estilístico que dramático. Los artículos de crítica literaria, los estudios históricos y políticos, los prólogos, ensayos y colaboraciones periodísticas, siempre cultos, amenos y matizados por la ironía. Las cartas, en las que destapa su drama interior con sinceridad. Gracias a su innato espíritu creativo, estos géneros constituyen excelentes cauces de expresión de sus ideas y sentimientos. Son como los registros de un órgano, que le permiten dar variedad y contraste -emoción, humor, *scherzo*, intimidad, patetismo ...- a una melodía de inalterable coherencia.

Se ha dicho que la poética de Valera busca, sobre todo, entretener al lector desde una amable apuesta por la amenidad. "Quería que hubiese en castellano -decía don Manuel Azaña- *buenos libros de entretenimiento*, de carácter español. La sensiblería, la falsa idealización de la vida y de los caracteres, los delirios románticos, las narraciones con moraleja social le cargaban cuanto no es decible".

Desde luego, el autor de *Pepita Jiménez* tiene el don de interesar. Pero no conviene cargar las tintas en este aspecto. Como escritor inteligente que es, Valera es trascendente en cuanto escribe. Quiero decir que en sus obras subyace un ideal ético -lo que no es lo mismo que un propósito moral explícito-, que presenta como atractivo lo que a él le parece digno de imitar, y como repulsivo lo innoble. Cualquiera que le lea con atención conoce su tabla de valores: juzgar con inteligencia crítica, no dejarse llevar por las apariencias, hacer bien las cosas, interesarse por los demás, aceptar la verdad y la belleza, desdeñar lo mediocre, huir del dogmatismo, guiarse por la naturaleza, entender la sabiduría del pueblo, potenciar la autenticidad ... Para él, los ideales humanos, "ora sean buenos, ora sean malos, si llegan a ser grandes, dan valer e importancia a la persona que los concibe, e inspiran hacia ella un interés acaso mayor del que nos han inspirado los más famosos varones al saber sus altas hazañas o al leer sus inmortales escritos".

Desde esta perspectiva se comprende el alcance moral de *Pepita Jiménez, Las ilusiones del doctor Faustino*, "A la maga de mis sueños", *La revolución y la libertad religiosa en España, Metafísica a la ligera, La venganza de Atahualpa* o las *Cartas americanas*. Es esa carga ética la que explica la virulencia con que fue atacado por instancias socio-religiosas no precisamente ingenuas, que intuían la capacidad de innovación oculta bajo su pluma de ademán sonriente y cortés. En este sentido, el "volterianismo" de Valera, si tomamos esa palabra como definitoria de una filosófica actitud espiritual, y no como una acartonada manera de hacer polémica religiosa, parece incuestionable. "Si no hubiera estado permitido en el Imperio Romano -decía Voltaire- pensar libremente, hubiera sido imposible que los cristianos establecieran sus dogmas. Puesto que el cristianismo consiguió hacer prosélitos y partidarios porque disfrutó de la libertad de pensamiento, ¿no es una contradicción y una injusticia querer matar hoy esa libertad sobre la que él se fundó? ... Los tiranos del pensamiento son los que han causado gran parte de las desgracias del mundo". Cincuenta y dos veces aparece citado el autor de *Candide* en el tomo dedicado a crítica literaria, filosofía y religión en las *Obras completas* de Valera publicadas por Aguilar.

No puede extrañar, pues, que en nuestro escritor, la defensa de la libertad y la tolerancia, que algunos califican de relativismo agnóstico, sea en realidad insobornable convicción positiva, y constituya uno de los componentes más serios de su obra.

Así se comprende también el trasfondo autobiográfico de buena parte de ésta. A través de claves de arte, la experiencia de Valera nutre lo más medular de sus escritos. Lo mismo podría decirse de su sentido del humor, que le permite simpatizar con sus personajes o tomar a broma sus propias ideas, a la vez que las bosqueja como hipótesis de trabajo. O de la curiosidad con que aborda, desde una sensibilidad krausista, los problemas de su tiempo, mientras mantiene una constante reserva ante las opiniones ajenas, sin aceptar fácilmente la excelencia proclamada por vía de tópico. Es posible que en la obra de Valera se produzca uno de los momentos de culminación del *nihil mirari* hispano, así como de la historia de nuestro antidogmatismo, de nuestro liberalismo individualista, de nuestro sentido de la intrahistoria, y hasta de nuestro pensamiento casticista, lo que resulta doblemente admirable en un escritor tan cosmopolita como él.

Por lo demás, Valera es el fundador de una prosa artística en que la perfección formal, tal como él la concebía, se convierte en un fin en sí mismo. Quiere esto decir que, sin excluir la trascendencia que ya hemos apuntado, su formación clásica le lleva a poner en práctica un ideal de estilo en que se unen la belleza y la falta de afectación. Aquí entra también la huida de lo vulgar y chabacano, el gusto por lo musical tenue -lo eufónico, diríamos, sin llegar al sinfonismo modernista-, la selección del vocabulario, la búsqueda de la claridad, el academicismo, el sentido de lo popular andaluz, y la elegancia reflexiva. Para algún especialista, Valera es, sobre todo, un humanista moderno, que conoce como nadie el modo de hacer de la prosa un arte. "Por su estilo casi perfecto -concluye una vieja historia de nuestras letras-, la exactitud en la descripción, la mesura, el equilibrio, la sencillez, la alegría y la serenidad ..., Valera es clásico; por la tendencia epigramática, la ironía de la frase y el escepticismo ameno, Valera es un *ingenio*". En cualquier caso, su lectura es uno de los ejercicios culturales más atractivos y provechosos que podemos realizar en el campo de las letras españolas.